

# Reflexiones acerca del valor

---

## I

Piensa el vulgo, alto y bajo, que el valor es una cualidad innata en ciertos seres, los cuales nacen valientes, como otros nacen rubios o morenos, nerviosos o linfáticos:

Esto es falso. No hay, bien mirado, nada innato en el hombre, apartando aquellos caracteres de orden puramente físico que le son transmitidos por la herencia.

Las más de las cualidades humanas son resultado de la educación en lucha con el medio social.

El mismo carácter, la fisonomía espiritual del hombre se forman, según profunda observación del autor del Fausto, en el torrente del mundo.

No se nace libre. La libertad hay que conquistarla en recia lid domando nuestros instintos. Todas las constituciones y democracias juntas no conseguirían hacer libre de *becho*, al impulsivo, al ignorante, al enfermo de parálisis volitiva; al que no ha sabido o podido alcanzar por sobra de apetitos y falta de disciplina ética aquella preciada soberanía que un gran psicólogo llamó el *señorío de sí mismo*.

Tampoco se nace valiente. El valor es un producto de la voluntad y se crea mediante una tan larga como difícil educación de esta potencia, secundada por una vigorosa cooperación de los órganos.

No es vana afirmación, sino verdad comprobada, que el valor, o sea la presencia de ánimo ante los peligros, presupone una serie de trabajos penosos de orden interno; una verdadera *doma* de la bestia orgánica, egoísta y cruel que todos llevamos dentro.

Solo el que supo en muchas ocasiones vencerse a sí mismo, está en potencia de vencer a los demás.

La acometividad, el ímpetu, el impulso violento, son amenudo supervivencias de salvajismo, cuando no fenómenos nerviosos o estados mórbidos que nada tienen que ver con el verdadero valor. Este sabe siempre donde va y el campo en que ha de mover sus energías y las reservas de su espíritu. Tiene conciencia de sí mismo. Sabe a lo que se expone y jamás es arrastrado por hechos ajenos a su libre y generoso propósito. Los héroes por *fuerza* no son

héroes. El heroísmo presupone una serie de estados anímicos (pensamiento, deliberación y resolución) contrarios a todo determinismo.

Cuando Temistocles golpeado por Eurybiades en la batalla naval de Salamina, dice a su golpeador «*pega pero escucha*», acredita un temple heroico, un gran espíritu de sacrificio, un admirable valor cívico que pone el amor a la patria muy por cima de los agravios personales. Para mí el «*e per si muove*» de Galileo, supone más valor que aquel rasgo temerario del suizo Arnolfo de Vinkelvied, que en la batalla de Morgarten contra las huestes del opresor Alberto II de Austria, viendo que sus compatriotas no podían romper la muralla que les oponían con sus picas y espadas los soldados del Emperador, lanzóse hacia ellos, y abriendo sus brazos y abarcando cuantas lanzas pudo, las arrastró con la caída de su cuerpo.

Miramos el valor militar como la expresión más alta del valor, y la guerra cruenta como teatro y escuela casi exclusivos de valentía; pero la vida entera es guerra también, preñada de peligros, emboscadas y zozobras que solo un ánimo reflexivo y al par intrépido, puede arrostrar y vencer. Los hombres que pelean con un medio social corrompido, pretendiendo purificarlo, y dan y reciben golpes, con esforzado espíritu, perdiendo muchas veces la batalla, sin perder por ello la fe en sí mismos y en la noble causa por que luchan, son grandes valientes cuyo valor, si no entre sus contemporáneos, hallará en la Historia o en la Justicia de Dios el debido premio.

Digno de admiración es el valor de un Epaminondas, de un Leonidas, de un Churruca, de un Eloy Gonzalo, de un Vara de Rey y de un teniente Ruiz, pero no menos admirable es el valor del Conde de Aranda enfrentándose con el engreído Godoy y oponiéndose a sus designios; el de los miembros del Consejo de Castilla protestando de la apatía del rey Felipe III y mostrándole las llagas y necesidades de la patria en hermoso y razonado documento, y el del Cardenal Jiménez de Cisneros desafiando el poder de las oligarquías castellanas que no se resignaban a perder sus privilegios; el de Quevedo apostrofando al Conde Duque de Olivares y el de Sócrates muriendo serenamente en acatamiento de la ley.

Conozco muchos valientes que no llevan sobre el pecho la gloriosa Cruz de San Fernando. ¡De cuántas mujeres heroicas sé que no han disparado un solo tiro ni siquiera presenciado un simulacro de combate! Damos demasiada importancia al heroísmo aparatoso y demasiado poca al heroísmo humilde que se temple y acrisola todos los días en luchas empeñadas con el destino.

Conocí en cierta ciudad andaluza a una joven costurera, cuya espléndida hermosura era blanco de todos los tiros de la seducción. Aquella mujercita, sola y huérfana, supo atravesar por el espacio de diez años, entre el lodazal de todas las impurezas, y como el ave americana famosa, no manchó el plumaje de su virtud la menor salpicadura.

¿Comprendéis este valor? Porque valor inmenso supone una mujer que, siendo bella y pobre,—dos grandes tentaciones—viéndose halagada o perseguida, y hallándose sin apoyo, sacó fuerzas de sí misma; despreció los halagos, burló las persecuciones y paseó al armiño de su pudor immaculado por las hediondeces de las nuevas Sodomias. Por cierto—perdonad la digresión—que aquella joven tan linda, como esforzada, recibió el premio que por su honradez merecía, y hoy es la respetada esposa de un escritor insigne.

En los sesenta y seis años de vida que cuento, es este quizá el único caso en que he visto debidamente recompensada la virtud.

## II

El valor, según Cajal, es una resultante de la salud. Ocasiones hay en que la energía moral se sobrepone a la física, desmintiendo al insigne histólogo. Los defensores de Gerona en 1809, y los del Santuario de la Virgen de la Cabeza en estos tiempos, no andaban nada sobrados de bienestar fisiológico, y según testimonio de Cánovas del Castillo en su libro «Historia de la decadencia de España», los soldados que conquistaron a Nápoles, comandados por el Gran Capitán, estaban depauperados por el hambre. Tampoco estoy conforme con la opinión de un culto y bravo militar español, cuyo nombre no cito por no herir su sincera modestia, quien afirma que el valor procede exclusivamente del impulso.

Conviengo en que una carga a la bayoneta no puede darse con solo el espíritu, sino moviendo pies y manos, empujando el cuerpo hacia donde se encuentra el enemigo y esgrimiendo con brío el arma; pero el móvil que arrastra al soldado en este caso, es más ageno que propio; más obra de la sugestión de otro que del consciente y personal estímulo.

La batalla con sus vértigos, sus ciegas cóleras, su voragine de horrores y represalias, produce en jefes y soldados una especie de *inbibición*, que dura lo que dura aquel estado excepcional en que lo instintivo o subconsciente empujan a la materia. Cuando el enemigo huye, o la energía muscular se agota, o las armas se rompen o inutilizan, huye también y se acaba la tensión moral, extinguiéndose con ella la alta presión a que la máquina humana ha estado sometida.

El valor que cuenta con mi mayor simpatía y admiración, es hijo del espíritu; es un producto del sacrificio y de cristianas convicciones y perdura en nosotros por cima del espacio y del tiempo. Es valor permanente y no de circunstancias, como hijo de la reflexión reforzada por la austeridad.

Siendo, como es, el valor militar cosa muy bella y en ocasiones singularmente edificante, el valor ético y cívico, el que nace de la conducta o de un

alto e ideal propósito, es más aún, es cosa sublime. En la guerra militar hay innumerables valientes por sugestión, por desesperación, por mecánico instinto.

En la guerra de la vida, los verdaderos valientes nunca dejan de serlo y pelean hasta morir, sin el consuelo muchas veces de un premio oficial ni de una mano piadosa que ponga bálsamo en sus heridas o de unos ojos que derramen lágrimas sobre su maltrecho cuerpo. Hay en todo combate físico algo de epiléptico. En las batallas con el medio social o contra nosotros mismos, todo está amenudo previsto con fría previsión; los soldados saben que los enemigos (el mundo y nuestras propias pasiones) son inmensamente fuertes; que es muy difícil, si no imposible, vencerlos, y sin embargo luchan por deber o por amor y más de una vez por dar ejemplo a los demás, convencidos de que los actos de sacrificio nunca se pierden para el espíritu universal, como no se pierde una molécula de gas en el laboratorio de la materia.

El valor militar tiene su recompensa y hasta su apoteosis, en el campo mismo en que supo triunfar. Cuando el adversario huye despavorido, los guerreros victoriosos vuelven los ojos a su caudillo, y a la sombra de la bandera, que fué su númen en la pelea, le vitorean con calor.

El valor cívico rara vez tiene premio. No me refiero ¡claro está! a esos actos de filantropía que el Estado premia con la Cruz de Beneficencia, me refiero a esas labores silenciosas del pensador, del reformador, del hombre probo y generoso que día tras día y hora tras hora, se consagra a la verdad, a sus semejantes y a la patria.

No. No es el más grande valor aquel que se despierta en nosotros con el ejemplo bélico o los sonidos de la corneta de órdenes, sino el otro, el que brota de más adentro, de la propia conciencia, y no arma bayoneta, ni calza espuela, ni refulge en las condecoraciones oficiales, sino que muéstrase siempre humilde y sereno, dándolo todo y no pidiendo nada, y que unas veces se llama el deber, otras la fe y siempre la dignidad moral.

El valor es hijo de la autoeducación; es el resultado de una penosa *gimnasia* del espíritu. La función crea el órgano. No se es valiente porque se es soldado, sino que se es soldado porque se posee valor. Y como todos debemos ser soldados ya de la patria, ya de la verdad y de la justicia, todos estamos obligados a cultivar esa preciosa virtud de las almas abnegadas que tiene por comentario las maravillas del orden moral y las páginas mejores de la historia.

Hay que ser valientes a toda costa, porque en serlo va la vida y su decoro. Claro que este valor no es la bravatería de los camorristas y de los necios perdonavidas, espíritus intemperantes y en el fondo cobardes, porque su condición jactanciosa y agresiva presupone la falta de dominio sobre sí mismos.

Estos son simuladores de valor, que explotan en nombre de la osadía y a expensas de la prudencia ajena. Ni el rufian, ni el baratero, ni el desalmado

de nuestras calles, fueron jamás valientes. Disfrazan la intrepidez con el des-  
plante y la bravura con la destreza.

Un periodista me decía en cierta ocasión: El duelo es un *mal necesario*. ¿Qué haría usted con un caballero que le injuriase gravemente o lastimase el honor de los suyos? ¡Por fuerza se batiría usted con él! ¡Con un caballero, sí! le respondí; pero como los caballeros no injurian, dudo que el caso pueda presentármese. El que daña la honra ajena por impulso perverso, no es acreedor a que mida con él mis armas. A ese procuraría despreciarle, pero si no pudiera enfrenar mis pasiones de criatura finita y pecadora, le abofetearía, y si fuera más fuerte que yo, le pegaría un tiro. El Código del honor no se escribió para la canalla.

### III

Si me preguntaran cual es el hombre más valiente, respondería sin vacilar que el cristiano que sufre la injuria sin contestarla mientras la ira y la razón libran en sus adentros una formidable batalla, digna de ser cantada por Homero.

Cierto que este valor presupone una alteza moral a que no ha llegado, ni llegará tal vez, nuestra especie, pero no es menos cierto que el hombre debe aspirar a su autonomía para distinguirse en algo de ciertos individuos que, poseyendo la estructura anatómica de hombres, no son en puridad otra cosa que *felinos* disfrazados. Recuerdo, a este propósito, una escena dramática que ví representar de muy joven, e impresionó vivísimamente mi sensibilidad y la sigue impresionando cada vez que la recuerdo. En ella verán los lectores el retrato insuperable del valiente, del que en todo momento es dueño de sí mismo, soberano de los instintos, verdadero rey del orden moral.

La escena a que aludo forma parte de la bella zarzuela titulada «Guerra Santa», inspirada en la novela «Miguel Strogoff», de aquel sabio y ameno novelista que se llamó Julio Verne. «Miguel Strogoff» era un correo del Zar de Rusia, portador al través de la estepa de importantes documentos destinados al hermano del Emperador que se encontraba sitiado en Irkutsk por los feroces tártaros. Para cumplir la misión que el monarca le había encomendado, Miguel tenía que ocultar su personalidad, arrostrar con ánimo inalterable toda suerte de peligros, y sufrir todos los daños y vejaciones con que la naturaleza o la barbarie enemiga pudieran probarle. Y sucedió que sospechando el traidor Ogareff la condición del emisario, que viajaba como comerciante, quiso desenmascararle y a este objeto le esperó en una etapa del camino, deshizo la compra de unos caballos que había adquirido, le insultó llamándole esclavo vil y por último cruzóle el rostro con su látigo. El correo aguantó la injusticia,

soportó el ultraje y devoró la injuria pensando en el Zar, en la Patria y en Dios, y se limitó a contestar al injuriador, mientras se mordía los labios hasta ensangrentarlos:

Soy un humilde y mísero esclavo  
y es tan abyecta mi condición,  
que si me injurian y me golpean  
beso la mano de mi señor.

Por cierto que esta escena tiene un final bellísimo. Cuando el traidor Ogareff se retira después de flagelar al emisario, le grita desde la puerta de la casa de postas coronando su hazaña: ¡Sois un cobarde! Entonces la concubina del agresor, que sospecha también del correo y ha admirado en silencio su magnífica abnegación, se acerca a él y olvidada de todo y seducida por la grandeza moral del bravo soldado del Zar, le acaricia con una mirada de sus hermosos ojos y le desagravia diciéndole con caluroso acento: ¡Sois un valiente! La intervención de una mujer en esta escena constituye un admirable acierto del dramaturgo. Nadie mejor que una mujer, que es todo abnegación, puede juzgar del valor de un sacrificio. El llorado humanista Navarro Ledesma recordaba que al pie de la Cruz del Calvario lloraban muchas mujeres, mientras los pretorianos dormían y los miserables fariseos, satisfecha su ruín venganza, descendían cabizbajos del lugar de la crucifixión.

Napoleón I, voto de calidad en esta materia, despreciaba profundamente a los simuladores del valor (pendencieros, duelistas, fantasmones, etc.) y habiendo llegado a su conocimiento que un oficial del ejército francés se había desafiado con otro, porque éste dudaba del valor de aquél, mandóle llamar y le apostrofó de esta manera: «Hubiérais procedido mejor para sacar incólume vuestro prestigio de bravo, tomando mañana una bandera al enemigo. Latour Marburg, el valiente entre los valientes, jamás ha aceptado un desafío».

Trasmito las palabras del gran guerrero y profundo pensador, a todos los *valientes de cofradía* o *tertulia* que aún padecemos en España, y aconsejo a los hombres de bien que me lean, se sacudan de la polilla barateral a palo o bofetada limpia, sin distinguir entre apadrinado y padrinos.

El duelo sería un combate noble si se pudiera igualar la razón con que se combate y la fuerza o destreza de los combatientes. Como esto no es posible, el duelo es infame y además estúpido. No hay nada tan tristemente ridículo, como el espectáculo de un hombre honrado luchando en nombre del honor con cualquier botarate que carece de él, y que después de atropellar el ajeno invoca las leyes de la caballería para repararlo. ¡Jamás concedais beligerancia a los histriones del idealismo caballeresco! En el caso de agravio máximo a vuestra dignidad, si no confiais en la Justicia de los Tribunales, ni en la de Dios, más lógicos sereis rompiendo a tiros el cráneo de vuestro agraviador, que distinguiéndole con un honor que no merece. Ocasiones hay en que el crimen es más noble que su parodia.

## IV

El miedo es un producto del instinto de conservación. Todos los animales, desde el león al gato doméstico, huyen a la vista de un pelirrojo. Solo el hombre, el *vir* lo desafía a nombre de su dignidad y su valor es tanto más grande cuanto más dueño de sí mismo.

¿Adonde vais? preguntaban sus compañeros infantes a los dragones escoceses que en Inkerman o Bala-Klava (no recuerdo bien) se lanzaron contra las trincheras rusas defendidas por poderosa artillería. ¡A la muerte! respondieron los heroicos jinetes galopando, sable en mano, hasta las posiciones enemigas, mientras la tierra retemblaba sacudida por el tremendo cañoneo. ¡Soldados! gritaba a los vandeanos su caudillo Larochejaquelein: «Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme». ¡Valientes zaragozanos, rendíos y os vestiremos! gritaban los franceses de Lefebre a un puñado de paisanos que combatían casi desnudos, pues desgarraron sus hábitos para servirse de ellos como de tacos para sus fusiles. (Tomo este episodio de la Historia de la Revolución española, de Blasco Ibáñez).

Esto es valor; valor consciente de los más puros quilates, porque en el fondo de los rasgos enumerados, late la idea del sacrificio: la renuncia de un bien corpóreo (la vida), por un bien más alto (la patria). Pero el matonismo, la baratería, la agresividad rencorosa, el desplante rufianesco, no son valor, sino miseria espiritual, egoísmo, barbarie y en las más de las veces ineducación. Todavía existen en España hombres que piensan que los perdonavidas son valientes y que una puñalada o estocada representan poco menos que una ejecutoria de consideración social. Hay que combatir despiadadamente a nombre de Cristo y de la civilización estas salvajes supervivencias del feudalismo. Y no digamos nada del culto que aún se tributa a los que yo llamo grandes carniceros humanos. Considero heroicas, y hasta santas, las guerras dictadas por el amor a la independencia y a las tradiciones nacionales, pero estimo criminal toda guerra inspirada en ideas de lucro y afán de medro político. El setenta por ciento de los héroes oficiales lo fueron con *dolo malo*, que diría un jurisconsulto clásico. El verdadero heroísmo, es humilde. Hay quien se sacrifica hora tras hora, minuto tras minuto por la verdad, sin preocuparse del aplauso de los contemporáneos, ni de esos homenajes en que el favor a la vanidad suelen disfrazarse de justicia.

En cambio a cualquier agitador o demagogo con ribetes de intelectualidad, capaz de enardecer a una muchedumbre—monstruo de muchas cabezas, pero ninguna pensante—y de lanzarla con ciego impulso a la perturbación del derecho, suelen darle los necios o sectarios, que son la mayoría de los hombres, categoría de héroe o de apóstol y levantar en su honor un monumento.

¿No tenía Ferrer, el anarquista feroz y vulgar pedagogo, una estatua en Bruselas? Comparad el valor del revolucionario o del guerrero agresivo con el del redentor de pueblos o con el de los bienhechores. Aquellos pueden rendir la vida por ambición o por inconsciencia, cuando no por un apetito codicioso con máscara de reivindicación jurídica. El apóstol y el cristiano exponen sus vidas o las dan generosamente por amor humano, que es amor a Dios.

El año de 1885—tristemente célebre en los anales de Granada—cayó mi madre (q. e. p. d.) enferma de la epidemia colérica que devastaba a la hermosa ciudad. En el momento del ataque nos encontrábamos solos, mi hermana que tenía siete años y yo que contaba trece. A nuestros clamores de socorro permanecieron sordos los vecinos. Un transeunte, más compasivo que aquellos, fué en busca de un médico y de una Hermana de la Caridad. El primero torció el gesto al examinar a mi madre y no disimuló que se trataba de un caso, desesperado. Allí quedó la sierva de Dios, al lado del lecho; a ratos, atendiendo solícita a la enferma; a ratos, consolando a sus hijos que horas después quedaron huérfanos.

.....

Han transcurrido muchos años. El niño es un anciano. Su espíritu ha probado todas las hieles y desengaños de la vida; su mente ha curioseado en todos los credos y mariposeado por todos los jardines filosóficos.

Del naufragio de mis ilusiones, de la derrota de mis idealidades, se han salvado dos cosas: el sentimiento del deber y la convicción de que una doctrina que produce mujeres como aquella tierna y sublime enfermera, es una doctrina abnegada e inmortal. Dios es testigo de que hablo de corazón, y El sabe también que alguna vez le pedí, con lágrimas en los ojos, que si no hubiera cielo lo crease, para premiar la ardiente caridad, el santo celo de la bella monjita de Granada.

## V

La educación debe tender a despertar en los niños la idea y el sentimiento del valor; corolario de la dignidad del hombre y argumento Aquiles en los combates y adversidades de la vida. Nada de amedrentar al infante con pavorosos fantasmas, con sombrías esfinges, con lúgubres visiones de futuros apocalípticos castigos. Enseñándole a amar la verdad, descorriendo lenta y sagazmente el velo—más o menos poético—que envuelve nuestro origen y nuestro destino y fomentando en sus almas la preciada virtud de la fe en sí mismos, se les infunde el valor y con él la esperanza en lo porvenir, fundada en la conciencia de sus fuerzas. El niño nace ingenuo y la cultura lo debe ha-

cer valeroso y prudente al par, templando sus naturales ímpetus con la disciplina de los ejemplos éticos.

No es peligrosa la enseñanza de la verdad, cuando se hace con amor; único modo de no lastimar demasiado la idealidad de las almas candorosas.

«Si no os volviéreis como niños, no entrareis en el Reino de los Cielos», dijo el Redentor. No se excluyen la ingenuidad y el saber; antes bien, se completan y hermanan, constituyendo algo armónico y profundamente simpático.

Los grandes poetas y artistas son a modo de niños sublimes que pasan por la vida cantando o soñando. ¿Qué otra cosa son los líricos, sino grandes niños inspirados, y qué es la sencillez, sino el máspreciado atributo del genio? «Mi boca es altiva y no sabe mentir—decía Heine—; cuando ella dice cosas amargas, es porque yo de dolor me muero». Contra lo que piensan algunos psicólogos enrevesados, como nuestro endiosado Ortega y Gasset, la sinceridad es la fiel aliada, más aún, la mejor amiga del genio. *El Quijote* tiene mucho de Cervantes; el *Fausto* es el propio Goethe; el alma del filósofo Spinoza está en su *Ética*; Rousseau en su *Emilio* y Federico Amiel en su bellissimo *Diario*. La creencia de que el arte es mera ficción, ha engendrado esta literatura de la hipocresía que padecemos, representada por poetas afectados, cronistas ñoños, oradores campanudos y novelistas ultrarrománticos con ribetes de mentecatos.

El arte es la verdad idealizada y por ello es artista Balzac pintando los tormentos de los usureros en uno de los volúmenes de su *Comedia Humana*, y Cervantes encarnando el espíritu socarrón del vulgo en Sancho Panza, y Eça de Queiroz reflejando la frivolidad de la burguesía portuguesa en sus libros, y Galdós estereotipando en *Misericordia* el parasitismo mendicante, y Benavente poniendo de relieve en la *Comida de las Fieras* la ruindad espiritual de la alta sociedad implacable con las grandezas caídas.

Fortalezcamos pues a los corazones, que estos fortalecerán a su vez a las inteligencias.

## VI

La educación infantil doméstica destruye muchas veces, con sus perniciosas rutinas, la obra benéfica de la Pedagogía.

Las madres meten el espanto en el alma de sus hijitos, enseñándoles a obedecer por miedo a *Dios*, o por miedo a su *padre*, o por miedo al *coco*. Así para muchos niños Dios es una especie de temible gendarme; su *padre* un ogro y el *coco* un monstruo de muchas cabezas como la Hidra de Lerna mitológica. Hubo un tiempo en que las madres belgas, cuando querían ser obedecidas de sus pequeños rebeldes, les gritaban con voz terrible: ¡Que viene el Duque de Alba! y yo tuve una amiga, de ideas republicanas, que acostumbraba

a decir a su hijo cuando andaba rehacio para dormirse: ¡Duérmete, que viene Maura!

Todo esto es hartó estúpido. El sueño viene cuando la materia agotada lo reclama y no cuando viene el coco.

El miedo es pésimo instrumento educativo. Recuerdo que de niño me representaba a Dios como un hombre de aspecto feroz, armado con larga y flamígera espada y seguido de una legión de cornudos demonios, portadores de hirvientes calderas, donde eran quemados a fuego lento los niños desobedientes.

Tampoco debo ocultar que hasta los quince o más años venía padeciendo la obsesión de un miedo cervical, cada vez que tenía que atravesar una estancia oscura y me costó no pocos esfuerzos sobreponerme a tamaño terror, producido a no dudar, por la necia costumbre de hacer obrar bien a los niños conmiéndoles con duendes y fantasmas.

La historia con sus enseñanzas y la psicología con sus análisis, demuestran que el valor en el hombre afecta formas tan variadas y singulares como el Proteo antiguo.

Garci-Sánchez, un rey de Navarra, se echaba a temblar antes de entrar en batalla (de aquí su sobrenombre de el Temblón) lo cual no le impedía hacer después prodigios de valor. Considero exacta y profunda la afirmación de Napoleón Bonaparte, de que «el valor no es a veces sino el arte de disimular el miedo».

El predominio del sistema nervioso que oficia las más veces de tirano en vez de obrar de regulador de nuestro organismo, explica muchas curiosas anomalías, como la del veterano militar que se empavorece frente al odontólogo, que armado de su *gato de hierro* se dispone a extraerle una muela careada, y el de la mujer, que sintiendo ante la vista de un ratón invencible pánico, sufre después el durísimo trance de la maternidad con valor infinito.

Los ejemplos de valor que más admiro son aquellos que demuestran mayor capacidad de sufrimiento u oponen mayor resistencia a los bajos instintos de la rebelde materia. Por eso reputo a Job, el arquetipo de la paciencia, como un valiente, y a Jesucristo, como el rey del valor.

¡Oh madero de las afrentas, columna de los azotes, calle de la Amargura, Monte Calvario; vosotros sereis siempre la imagen augusta del valor resignado, la quinta esencia del más alto y edificante heroísmo!

Durante el ejercicio de mi profesión hube de actuar, cierto día, como defensor (designado de oficio) de un individuo a quien el Fiscal acusaba como presunto reo de un delito de lesiones menos graves. Confieso que hice la defensa con la protesta de mi alma entera, y de buen grado me hubiera convertido en acusador del reo de que fuí patrono.

Tratábase de un miserable de costumbres tabernarias, camorrista y agre-

sivo, de los que creen que una puñalada enaltece a quien la da y es como un timbre de virilidad y majeza.

Este hombre había llegado a casa de su hija, donde vivía en compañía de ella y de su yerno, y después de injuriar por fútiles motivos a entrambos, abofeteó al último delante de su esposa. El Fiscal preguntaba al agredido: «Al verse golpeado por su suegro ¿no repelió usted la agresión?». No señor, contestó. «Y después (continuaba el Fiscal) cuando su padre político le causó la herida que ha padecido, ¿tampoco intentó usted defenderse?». No señor, —repitió—fuí por mi pie a casa del médico a que me curara; temía que una lucha con el padre de mi esposa empeorara la enfermedad del corazón que ésta padece. Debí aguantar y aguanté la ofensa.

Confieso que me admiró y conmovió profundamente aquel rasgo de abnegación, tanto más meritorio, cuanto que el ofendido tenía contextura de atleta y valor acreditado en las últimas campañas coloniales. Después del juicio, en que fué condenado como debía serlo el agresor, tuve ocasión de hablar con el ofendido, y, entre otras, escuché de sus labios las siguientes bellas palabras, cuya alteza acaso no sospechara quien las pronunció: «Crea usted, señor abogado, que para nada se necesita tanto valor, como para parecer cobarde, no siéndolo. Si otro que no hubiera sido el padre de mi mujer me abofetea, lo hago pedazos»

Y puesto a citar ejemplos de valor pasivo—el más grande para mí en el orden ético—¿cómo no recordar el rasgo sublime de la gentil granadina Mariana de Pineda, que por no traicionar a sus amigos, los conspiradores contra el tiranuelo Fernando VII, subió al patíbulo con ánimo esforzado?

Todos llevamos en el espíritu la *célula*, digámoslo así, del valor, y las circunstancias unas veces, el temperamento otras y el egoísmo las más, nos hacen parecer cobardes.

Sin embargo, yo creo que para ser valeroso basta con proponerse serlo. La vida es un bien transitorio, y como tal de menos valer que los bienes eternos (verdad, patria, deber y justicia). Los que aman bien estas cosas, saben morir por ellas y desde aquél momento ya son inmortales.

PASCUAL SANTACRUZ

